Lledó, Emilio, *El surco del tiempo. Meditación sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Editorial Crítica, Barcelona 1992.

Reseña elaborada por:
FRANCISCO XAVIER GONZÁLEZ Y ORTIZ

Reseña

“En el prólogo a *Aurora* escribe Nietzsche: ‘No en vano se es o se ha sido filósofo. Filósofo quiere decir maestro de la lectura lenta, y el que lo es acaba también por escribir lentamente... Ese arte en sí de leer bien, es decir, a leer despacio, con profundidad, con cuidado, con atención y con intención, a puertas abiertas y con ojos y dedos delicados’”.*

Has ta ahí la cita sobre Nietzsche, luego Lledó empieza a hablar del “...tiempo lento de la lectura y la escritura.” Al que con sí de ra como “...el tiempo vivo de un lento diálogo con los textos desde la perspectiva de su creación y de su recepción.” Ideal no sólo propio de la filología sino también de la filosofía, que es “...en el fondo, amor al lenguaje, [que] busca nuevas resonancias en esa lenta forma de la temporalidad”. (Citas de la p. 23).

No resulta fácil hablar de lo que dice un filósofo sobre la escritura y la lectura, Nietzsche recomienda una lectura profunda, que se interna en el texto con todo el ser y de un modo atento, intencional y abierto. Esto último es para mí uno de los mayores requisitos que presenta la lectura; la necesidad de abrirse al otro, a la otredad; pero

* Emilio Lledó. *El surco del tiempo*, p. 23.

simultáneamente es en la lectura donde parece más fácil ese abrirse al otro, quizá entre otras cosas porque en cualquier momento podemos cerrar o dejar el libro, interrumpir la conexión y ese flujo mágico con el lenguaje, con las representaciones, un ámbito amplio como el espacio, y también invisible y vaporoso. El lenguaje, ideas, reflexiones, vivencias de otro(s) que revive con nuestra lectura y que muchas veces, más allá de nuestras resistencias salta incluso nuestras vallas protectoras para relacionarse aun hasta con lo inconsciente.

Pero ni leer ni escribir son procesos fáciles. Vayamos analizando guiados por Lledó. “Percebir el texto como problema quiere decir, sobre todo, que el lenguaje inmediato que se presenta a un simple lector, no satura ni agota todas las posibilidades semánticas del lenguaje.” (p.25) Claro, podríamos agregar simplemente agregando un poco sobre las palabras de Lledó, ¿Cómo podría un texto agotar todas las posibilidades semánticas? cuando las palabras mismas pueden expresar a veces cosas casi contrarias, y cuando una frase puede tener tantas interpretaciones distintas como personas la lean o escuchen. Por lo demás, aun que no es lo que dice aquí Lledó, sabemos muy bien que no podemos expresar lo todo con palabras en un discurso o un texto, porque en éstos las palabras adquieren, sobre todo con el paso del tiempo (es decir sobre todo en el ámbito de lo textual, de la lectura), vida propia y se implican, en tre la zan e incluso con funden con otras palabras e ideas o pedazos de ideas (las del lector o escucha), de mil o más maneras distintas, incluso caprichosas y a veces como sin ton ni son. Palabras, ideas o frases o incluso párrafos enteros que luego recordamos en los ámbitos más distintos y a veces meses o muchos años después. En francés, expresar se dice *exprimer*, como si se trata se de expresar la realidad, de apresarla y sacarle su “esencia” para poderla comunicar con palabras (que son lo único que tenemos, aun que también es tan la pintura, la música y las artes en general, pero esas cosas son otro cantar u otro pintar); algo ciertamente imposible ¿cómo “expresar” con palabras un atardecer o casi cualquier otra imagen, o un sentimiento?

Lledó afirma que nuestra inmersión en la lectura es, a la vez, una inmersión en el tiempo abstracto y subjetivo que se mueve, y nos mueve con total libertad, hoy de un cierto modo, y mañana de otro(s). Y por lo demás “El texto no puede decir todo sino a quien le pregunte por todo...” Es decir, nadie, pretensión absolutamente imposible, porque el texto es un proceso continuamente abierto y no puede encerrar en sus palabras, en lo que podríamos denominar rudamente ‘forma’, “...un contenido único o último que el lector busca.” (p.25 ambas citas) Porque esa ‘forma’ no apresa, no puede apresar todas las interpretaciones posibles, cosa que depende de cada lector y cada momento de ese lector o lectora; y además depende también del texto, de todo aquello que pone en juego el propio texto, que por más que lo parezca no es, tampoco, una estructura estable y fija en cuanto a sus contenidos semánticos. Estos contenidos, como los nuestros propios, se mueven; todo se mueve “nunca nos bañamos dos veces en el mismo río” dice Heráclito, porque el tiempo fluye, y nosotros con él, por lo cual nunca encontraremos el mismo río porque ese momento del encuentro habrá sido un instante, y como tal irreplicable en sí mismo, y tampoco

no so tros es ta re mos o es ta rí a mos en la mis ma si tua ción por más que nos en con trá ra mos ante ese río por una se gun da vez, y una se gun da vez qui sié ra mos cru zar lo o ba ñar nos en él.

Algo parecido afirma Lledó, pero en relación con la memoria, la cual “...no es sólo una facultad que almacena informaciones. La memoria constituye, crea, estructura la sus tan cia de la his to ria y, por su pues to, de la his to ria per so nal de cada au tor”. Y de cada lector, claro.

Toda lectura es una historia sobre la recepción de ese texto “...pero nuestra búsqueda de sentidos y de interpretaciones se va enriqueciendo a medida que miramos más el texto, que le dedicamos tiempo, que lo ‘asimilamos’ más” (p.29) Porque es evidente que al buscar en la lectura procesamos mejor, metabolizamos, entendemos mejor, has ta ese mo men to, que no siem pre se da, en el que “...em pe za mos a en tender un texto desde un determinado planteamiento”, cosa que no sabemos ni cómo ni cuándo sucede; sólo sabemos que sí sucede. Es posible que esta interpretación, también cada vez mejor, más rica, se parezca mucho a la de un músico; un pianista, por ejemplo, que toca y vuel ve a to car una pie za o una par te de una pie za y que en algún mo men to pue de ya dar le una in ter pre ta ción, la cual prác ti ca men te le per te ne ce por que es so la men te su ya, por que es “su” in ter pre ta ción con ta les y ta les ma ti ces, y la au sen cia o pre sen cia de ta les y ta les co sas, lo cual la hará di fe ren te a la de otros ar tis tas. Y sin em bargo el pun to de par ti da será una mis ma par ti tu ra (un mis mo tex to), sólo que será sentido, vivido, experimentado por cada intérprete (o lector) de una mane ra dis tin ta, pa ra lo cual no te ne mos me di das, por que se tra ta de algo que su ce de en el rei no pri va do de nues tra sub je ti vi dad, de nues tra con di ción de su je tos de la cul tu ra y del len gua je.

Lledó dice a propósito del texto que “La voz del escrito que hace la monocorde propues ta de lo di cho en él, abre una mul ti pli ci dad de po si bi li da des, que se en gar zan y a de cu a na las va rie da des de la con cien cia que ana li za, cri ti ca, en tien de, y, que es tán a ‘este lado’ del texto, en la in tel i gen cia de quien lee”. Pero por supuesto también sub ra ya en otros mo men tos ese otro lado del tex to que es el del es cri tor, el de la obra es cri ta, también algo ex trem a da men te com ple jo, como otro tiempo que escapa al tiempo en la medida en que no hace falta que el escritor viva para comunicarse con nosotros, aunque ne ce sa ri a men te ese tex to haya te ni do que pa sar por un tiempo que formaba parte de ese escritor, de su aliento, de su pensamiento, de su respiración, dice una y otra vez Lledó, haciendo estas referencias al tiempo y su atravesarnos, o atravesarlo nosotros a él. Tales referencias: respiración, latido, aliento nos remiten al famoso ‘aquí y ahora’, un presente que no piensa tanto en el futuro o en el pasado sino que se con cen tra en el pre sen te de la lec tu ra. Qui zá un in ten to de bo rrar o de no atender a nuestros segundos como división del tiempo en la que casi no cabe nada por que in clu so pa re ce me no ra un in stan te, el cual sí pue de qui zá to car la eter ni dad, como afirman Kierkegaard y otros filósofos o pintores o artistas o poetas..

Sostiene Don Emilio que apren de mos a ma ne jar una obra li te ra ria como si fue ra un todo, cuando en realidad es un conjunto de partes, frases e incluso palabras

“...sur gi das al rit mo de la vida, o sea de la ‘re spir a ción’ de su au tor.” (p.28) Una y otra vez parece Lledó estar haciéndose casi la misma pregunta ¿qué es lo que sucede en no so tros cuan do lee mos? O cuan do ha bla mos ¿qué es lo que pasa cuan do usa mos el lenguaje, cuan do lo en cen de mos po nién do lo en “on”? e in clu so se pre gun ta qué su ce de cuan do ese len gua je se que da en no so tros si len cios a pe ro per ma nen te men te en la me mo ria.

Por su pues to que mu cho de lo aquí ex pre sa do ha na ci do en mi (lec tor) al con tac to con las ideas expresadas por Lledó o es una extensión o glosa de algo dicho por este filósofo fogallego formado en una universidad alemana y que es cri be sus li bros en alemán (quizá siguiendo a Heidegger, quien sostenía que la filosofía se escribía en alemán o en griego; cier ta men te una ex a ge ra ción) y es tra duc to ry es pe cia lis ta en va rias ramas del saber griego, por lo que ha escrito varios otros libros importantes. También quiero dis cul par me por ci tar tan tas ve ces al au to ry jus ti fi car este he cho di ci en do que la pro pia ri que za del pen sa mien to y la ex pre sión de Lledó obli gan a ci tar lo una y otra vez porque expresa las cosas de modo muy somero y concentrado.

¿Hacia dónde se proyecta la escritura, es decir, el lenguaje? Evidentemente ni si quiera hacia donde quiere o quiso el escritor(a) o hablante, sino más bien hacia de rroteros desconocidos a los que se aúnan los que le imparte o impone aquel que es cu cha (o lee) ese len gua je des de su pro pia vida, también la ti do a la ti do, pa so a pa so, crean do esa ilu sión de di que, de ti em po has ta cier to pun to de te ni do, con lo cual, en al gu na me dia le ga na mos algo del ti em po al ti em po; de te ne mos “...la inun da ción de fi ni ti va” como por ahí la ma a la muer te Lle dó. ¿C ó mo se crea ese di que? Pues a tra vés del lenguaje y, particularmente, de la lectura: un texto “representa” semillas sem bra das en el ti em po a la es pe ra de un lec tor que abra esas si mien tes con la fuer za de su pro pia vida y se pon ga en con tac to con los muer tos (casi siem pre son muer tos, por que son mu chos más que no so tros, los vi vos), esos que es cri bie ron y “se se pa ra ron” del texto por el sólo hecho de escribirlo, de sacarlo de su sistema personal.

“Todas in ter pre ta ciones, pues, re sul ta do de un de seo, de unos pre juicios, de unas capacidades intelectuales, de un misterioso juego neuronal cuyas reglas apenas co no ce mos.” Glo so: todo se trans for ma de bi do al mo vi mien to (mo vi mien to era para Aristóteles, casi si nó ni mo de ti em po) que le im pri me al tex to la men te del lec tor y la in ter ac ción que im pli ca el mo men to de la lec tu ra, esa fu sión de cos mo vi siones, de fi lo so fías y de tantas cosas que toman lugar en el silencio de la lectura. Silencio, dice Lledó “...que emerge de la pe cu li ar exis ten cia... [la de los li bros] que sólo vi ven des de los ojos que leen”. (p.30 ambas citas de este pá rra fo). En el fon do, y lo ad mi te tam bién Lledó en varias ocasiones, no sabemos a ciencia cierta porque y cómo sucede todo lo que su ce de du ran te el pro ce so de lec tu ra, y pa sa rán to da vía mu chos años an tes de que pueda decirse algo más sobre eso.

De Don Emilio, como se ha di cho de al gu nos poe tas, o lo han di cho al gu nos poe tas sobre sí mismos, se puede afirmar que quizá sólo repite en este libro una sola cosa, algo que tie ne qui zá in fi ni tas for mas de su ce der: el en cu en tro tex to- lec tor, en fo can do a éste, luego a aquél, y luego, sólo para sa zo nar y para que se en tien da me jor,

sobre la lingüística, la literatura, el tiempo, la comprensión, la eternidad... todas ellas variantes de esa gran metáfora que queremos significar cuando hablamos sobre la lectura y lo que ésta nos hace... y nosotros a ella, pues to que cierta mente la completamos también con nuestro interés, nuestro deseo, nuestras fantasías y también nuestra atención, nuestro tiempo, nuestro aliento y latidos... nuestra propia vida.

Al final de esta parte Don Emilio llega de nuevo ala memoria y el olvido (pues el mito de Platón que analiza, tiene, precisamente relación con estos conceptos), y afirma que el texto es una mezcla de memoria y olvido: memoria porque puede volverse "...energía e irrumpir desde la penumbra en que yace esa memoria..." (la del autor) "...has ta el umbral del tiempo donde está si tuada la conciencia del lector..." Y al mismo tiempo olvido porque "...esos textos, que conservan en su grafía los rasgos del tiempo en que fueron creados, sólo pueden vivir en la conciencia del otro, en la iluminación que aportan los latidos reales del real tiempo en el que el lector alienta." (En p.30, ambas citas).

Cada latido, cada inhalación y exhalación, (tanto del autor como del lector) has ta ahí le gusta llevar a Lledó las cosas, como muy consciente de que en relación con lo humano esos son los elementos mínimos de nuestra existencia, los que sin embargo pueden transformarse a veces en instantes de comprensión súbita, de intuición e incluso de epifanía que abre a un espacio 'sin tiempo' en el vértigo de los significados del lenguaje, contextualizados por cada situación transitoria por la que transcurre nuestra vida (la tido a la tido) llevándonos en ocasiones (muchas veces a través de un texto, aunque no solamente) hasta el encantamiento donde incluso la cotidianidad adquiere otra luz, que nos arrebatay llena de magia el existir. Pasar por la lectura, es también probar o tocar momentáneamente lo eterno, convertirnos en sujetos del lenguaje y la cultura, es una más de las ideas que Lledó atraviesa ahora en esta recepción, ahora en aquella, con contextos distintos, iluminando siempre algún ámbito nuevo que relaciona, una vez más, con la escritura, o el diálogo, es decir, el habla, que tantas veces vive menos que lo escrito; alguien lo ha dicho, los libros son el arte más común, pues han sobrevivido más libros sobre cualquier periodo de la historia mundial que de cualesquiera otros objetos puestos juntos. Textos que por lo demás ni si quiera tienen que ser antiguos para sentir que nos ponemos en contacto con el pasado; basta y casi sobra con los textos escritos, por ejemplo, durante la última mitad del siglo XX, tan cerca no todavía, para que nos abra ce el conocimiento sin tiempo y nos abra se la nostalgia y la inmortalidad mientras late nuestro corazón. Lledó casi nunca se aparta del sentimiento de transitoriedad (voz, diálogo, oyente, respiración, latido) porque la literatura griega —y la naturaleza humana— están llenas de estos elementos, y porque además ha partido para escribir este texto, del *Fedro* de Platón, donde Theuth, uno de los personajes del diálogo afirma que la temporalidad inmediata del diálogo puede ser superada por la mayor pervivencia de la escritura, mientras que Thamus, rey de Egipto, afirma, temiéndolo, que la lectura sumirá a los hombres en el olvido.

Aunque Platon en este diálogo no parece mostrar separación de la lectura o querer aceptar sus posibilidades, en sus tiempos el lenguaje ya está pasando de ser ‘oído’ a ser ‘visto’ y con la escritura y con el paso del tiempo surgirá el mundo literario, de desarrollarlo quiza por la *polis*. Con ese paso del oído a la mirada, sin embargo, ya “...no será necesario que ‘exista’ lo que el lenguaje nombra, porque el mundo que lo dice se hace presente como mundo escrito, y en tre él y los ojos del lector se va a levantar el universo de lo literario, de la literatura.” (p.37) Otro mundo o, mejor, otra perspectiva sobre el mundo se ha creado, algo de enorme trascendencia para el mundo que siguió y donde las representaciones podrán ‘comunicarse’. Con otras representaciones aun “sin que exista lo que el lenguaje nombra”, como si nos despegáramos un tantito de lo físico y nos acercáramos un tantito más al alma, ese otro constituyente no físico de nuestra naturaleza.

Cabe decir que resulta por de más paradójico que Platon se vuelva con tra la escritura mientras está escribiendo, y que justamente los *Diálogos* sean el primero y más voluminoso escrito de la filosofía occidental. Lledó orienta su análisis del principio de las letras hacia lo que en éstas se convertirán: una peculiar forma de visión, hacia otra cosa, algo nuevo en la historia, que va delinándose paulatinamente. Las letras acabarán llenando un espacio inmenso, un campo intermedio y mediador (relacionado con la *techné*), como los otros artículos que en el *Fedro*, Theuth le ofrece al rey egipcio: el cálculo, la geometría, la astronomía, el juego de damas y el de dardos; y, como ya dijimos, las letras, la escritura. Ésta dará lugar a que las opiniones (*doxas*) se expresen de esa nueva manera, ya irrefrenable desde ese entonces (pero cuyo gran desarrollo sucederá muchos años después), y ese dominio no es otro que el de la gran estructura suprasubjetiva que constituye el lenguaje, pero ahora también tomando en cuenta la escritura. Esto también nos va colocando en la cadena de la tradición (y de la memoria colectiva) que nos lleva a aceptar, o rechazar, lo que se dice, las opiniones de los otros, en el ejercicio con las cuales “...puede surgir el saber.” Y esta cadena de la tradición no es otra que la cadena generacional, por medio de la cual nos inscribimos en la historia como eslabones, como hijos e hijas de nuestros progenitores y éstos de los suyos, y así sucesivamente... ¿Hasta dónde? Bueno en realidad hasta el principio de la humanidad, perdemos el rastro pero sabemos que estuvo ahí, en algún momento de nuestra larga historia humana.

Gloso y cito, a ese campo intermedio Lledó también se refiere como “...un espacio de conocimiento que va creando la frontera, cada vez más amplia, en la que se establece la cultura.”, territorio donde también se encuentran, por supuesto, las letras... Tan importante va a ser su dominio que, frecuentemente, la escritura olvidará el origen olvidará su inicial mandato de servir como señal para señalar el mundo y comenzará a ser signo de sí misma... Independiente ya de cualquier compromiso significativo con la naturaleza, con el mundo real, el lenguaje escrito organiza un cerrado cosmos de autorreferencias, de tensiones y significaciones que alcanzan un absoluto grado de autonomía frente a lo real... Las letras obran el prodigio de rescatar el

tiempo de su irremediable fluir... porque bajo la forma de escritura todo tiempo es ya futuro, a la espera de un posible lector.” (p.44 todas las citas de este párrafo).

Naturalmente que la escritura, los textos, no son “neutrales”, como no lo puede ser ninguna forma del lenguaje “Porque el texto es visto, leído, interpretado o asumido por un lector. El lector es con texto también para ese texto. El escrito comienza a serlo realmente cuando es leído por unos ojos que proyectan, sobre él el complicado mundo de esos procesos mentales que convierten a la escritura en lenguaje y, a lo dicho, en *logos* en comunicación y sentido.” (p.45)

Es, de nuevo, una manera de ganarle al tiempo, una forma de crear una temporalidad que no destruye las palabras porque éstas están en textos. Lledó no lo menciona porque para él debe ser evidente, pero los griegos habían desarrollado una impresionante literatura oral que pasaba de generación en generación a través de sofisticados métodos que aseguraban una exacta recitación de memoria que incluso se hacía en lecturas colectivas. Pero simultáneamente están empezando a hacer su aparición en ese entonces los textos, la escritura.

El acto de la escritura es un presente, pero es también tiempo hacia el futuro, y pensamos en el lector, en entonces es tiempo hacia el pasado, a la vez que presente en el que se lee. Pero al mismo tiempo no se pierde el contacto del lector con su pasado, con su memoria, lo que convierte a la lectura en puente entre esas dos orillas, puente que sólo se hace ‘real’ en nuestra mente, ante cada conciencia que es en sí pasado, presente y futuro, más la contraparte igual del autor o, quizá mejor, del texto, en donde el autor se ha borrado en tanto materialidad física. Por desgracia sigue siendo cierto que la posibilidad de la lectura ha sido y sigue siendo de muy pocos, y también que aquello que los hombres sólo han habido a lo largo de los siglos se ha perdido; sin embargo es un consuelo que la mayor parte de lo que se ha escrito haya llegado al presente, a los presentes, y constituido lo que llamamos tradición literaria, y todo ello siga realizándose...

Pero también es cierto que el lenguaje es escrito no sólo fija el lenguaje y conservalo pensado sobre una superficie material sino que crea otra forma de comunicación más “ralentizada” dice Lledó, pues el tiempo de la escritura, sin la urgencia de la presencia del otro adquire una nueva consistencia; se sale del tiempo intersubjetivo para entrar en otra forma de tiempo abstracto que no se dirige, en principio, a sujetos determinados y presentes, sino a otros indeterminados y ausentes. Así el acto de escritura es una potencialidad que, en un futuro, se actualizará con la lectura, pero que mientras se efectúa es también, el tiempo de la soledad y el trabajo del autor, que se interrumpe, retrocede, corrige, tacha... y que en su resultado final que da en esos renglones sólo aparentemente ‘fijos’, pues como ya se dijo quedan ahí a la espera de ese otro acto; el de lectura, en el que la memoria del autor también habrá de revivir. La escritura rompe así la necesidad de la presencia, permite que cada individuo de esa colectividad empiece a constituirse como tal: en individuo, sujeto individual y miembro del grupo social en el que se entienden y comunican los elementos de la *polis*; es decir sujeto de la cultura. (Cf. pp.54-55, pues se trata de una glosa con añadidos).

“La abstracción y la independencia de la temporalidad inmedia ta que con sigue la pa la bra es cri ta, no sólo la li be ra de su re la ción con un hom bre de ter mi na do que, como en la pa la bra ha bla da, es en cada ins tan te su sus ten to y su ori gi na dor, sino que, so bre todo, la li be ra in clu so de sí mis ma, de la de pen den cia de ese hom bre que la ‘de jó es cri ta’ (p.55). La escritura marca esa inestable frontera, marca el mundo del autor, sus motivaciones, influencias, educación, etcétera y, en este lado de la orilla, y siem pre fluc tuan te tam bién, se in clu ye, en tre la zán do se con el tex to, el ig ual men te com ple jo mun do que ya ce en los ojos del lec tor. La abstracción al can za da per mi te un com ple jí si mo in ter cam bio de signi fi ca dos que tie ne que ver con am bos mun dos, el de es cri to ro tex to y el del lec tor; un re sul ta do que no pue de de ter mi nar se, que per te ne ce a dos, por eso es que la escritura exis te “des de sí mis ma” en un tiem po y es pa cio pro pios, que es el que crea o re crea cada lec tura, y re corda mos que una mis ma lec tura en una se gun da vez (en el caso de que se ha ga), es siem pre un nue vo su ce so, un nue vo río he ra cli tia no, y que esos ojos que leen, tam bién son, ne ce sa ri a men te, dis tin tos a los de la pri me ra lec tura. Y de cir “esos ojos” es de cir se ser hu ma no, com ple jo y cam bian te a cada pa so, nun ca real men te el mis mo, y el tex to tam po co lo es.

De este modo el horizonte de in media tez al que la na tu ra le za nos ha so me ti do es mo di fi ca do, es am plia do y eso in cre men ta nues tra ca pa ci dad de ex pe ri en cia e in ter pre ta ción; el cuer po y su len gua je oral, han si do su pe ra dos y por eso el len gua je es cri to signi fi ca un pa so fun da men tal en la co mu ni ca ción del sa ber.

El aná li sis de Lledó, que par te des de el *Fedro* de Pla tón tras cien de el tiem po, pues la ver da de ra di fu sión del len gua je es cri to se da sólo con la pro pa ga ción del len gua je al fa bé ti co; es decir fal tan va rios si glos y mu cha his to ria; ten drá que pa sar la he ge mo nía gri e ga y se guir la el Im pe rio ro ma no, pues fue ron éstos los que tra je ron el al fa be to a ca si to da Eu ro pa, mien tras que ni si quie ra la pro di gio sa bi blio te ca de Ale jan dría ten drá to das las re so nan cia s y la in flu en cia que uno po dría ra zo na ble men te es pe rar y se di sol ve rá en el tiem po, o “post pondrá” su tiem po. Ha brá de pa sar la Edad Me dia y tras el o ca so de é sta y el de sa rro llo del Hu ma ni smo y des pués el Re na ci mien to, ven drá el ver da de ro y len to gran flo re ci mien to de to das las ca pa ci da des tan to de la lec tura, como, to da vía un po co des pués, la escritura. Nada de esto le mue ve ni un pelo al ex ce len te aná li sis de Lledó. Lo que quie ro se ña lar es que esto que él es tu dia y sos tie ne so bre la lec tura y lo que ésta signi fi ca em pie za a su ce der le al len gua je es cri to bas tan te des pués, pues en el tiem po de los gri e gos, como he mos di cho, a pe nas em pezaba.

“Pro ba ble men te, a pe sar de las tra di cio nes épicas de la pa ra dó jica ‘litera tu ra oral’, tal vez el len gua je hu ma no no ha bría po di do ele var se has ta la li te ra tu ra, la fi lo so fía o la his to ria, si no hu biera si do por esos po cos sign os que, múl ti ple men te va ría dos, se in de pen di za ban del aire de la voz para crear una forma más fecun da de cul tu ra.” (p. 60) Rápida referencia al lenguaje alfabético desarrollado primero por los semitas y traído a Occi den te por los gri e gos pre ci sa men te, len gua je que ya ha su pe ra do los in con ve nien tes de otros sis te mas de es cri tu ra que eran sólo para unos cuan tos dada su com ple jidad.

La escritura, basada en el lenguaje alfabético, (aspecto que resalta porque Lledó, en su gran cultura, pasa por alto pero que sin embargo es de importancia fundamental porque es aquello que permite que prácticamente cualquiera pueda aprender a leer y escribir) se convierte así en un inmenso recipiente de la memoria colectiva (cuando menos de aquella que ha quedado escrita, y que para serlo ha debido inscribirse en nuestra tradición literaria y cultural) y con ello amplía las ilimitadas posibilidades de resonancia de la experiencia humana.

Si poniéndonos en un contexto platónico supeditáramos todo a esos caracteres externos (las letras escritas, la escritura) que llegan desordenadamente caprichosamente (es decir sin el contexto directo de un cuerpo que habla frente al otro en el diálogo) no sería posible estructurar el conocimiento ni organizar el saber, porque Platón, nos hace ver Lledó, está aquí resaltando lo físico (*phýsis*) del lenguaje, la voz, la presencia, y el conocimiento de quien habla, pero al mismo tiempo Platón no puede sino también señalar ese murmullo interior íntimo que sin embargo filtra los fenómenos de la realidad a partir de la sangre y de la vida. La escritura está pues aquí irrumpiendo de una nueva forma en el proceso de comunicación (hasta entonces predominantemente el diálogo), y marcando matices entre lo exterior y lo interior, pues “Entre la exterioridad y la supuesta interioridad se intercala un bloque de mensajes, insinuaciones, sentidos, opiniones, valoraciones que transforman y trastornan la, en el fondo solitaria fortaleza del yo. En lugar de la simple presencia de alguien singular que nos habla, desde una circunstancia concreta y al que pudiéramos preguntar [como se hacía en el diálogo], la escritura, por su aparente orfandad [pues el autor no está presente], nos habla con más impunidad desde esa imprecisa historia de su constitución, desde los múltiples actos de escritura que, a pesar del singular autor, la conforman y configuran.” (p.66) Así la escritura puede situarse ‘interior’, y bien dominarlo y apoderarse de él saturándolo con su mensaje; o bien “...en el caso de que esa intimidad esté forjada por un auténtico *éndhoten*, [interioridad] haciendo fermentar y renovar el discurrir de la propia conciencia.” (p. 66).

Pero Lledó amplía el horizonte de la propia biografía, de la experiencia individual, para contrastarla con lo colectivo. Lo que nos constituye como “mismos” como nosotros mismos brota de nuestra interioridad “Somos lo que hemos ido acumulando en nosotros mismos; el resultado de una serie de actos que, en la frontera entre la conciencia y las cosas, han determinado comportamientos y orientado el obrar.” (p.68) Es decir somos nuestra memoria, lo que está en nuestra *psyché*, pero para aprender lo que viene de ‘fuera’ hace falta que el alma se ‘organice’ y que esa interioridad que mencionábamos antes, tome las riendas. “Sin embargo esta supuesta organización no es capaz de superar el carácter efímero de lo que fluye en el alma. La consistencia de nuestro ser no se consigue con esas impresiones ‘exterminas’” . (p.68 para las dos últimas citas) Es decir, de nuevo, lo importante es el cuidado de la memoria, que expresa tan claramente la lucha entre el hombre y su implacable perseguidor, el tiempo, condición por otra parte esencial del hombre y de la naturaleza, éste nuestro carácter temporal. Es así como el lenguaje nos permite “... tras vasar algo de

la experiencia individual a un espacio colectivo, en el que de cirabría la puerta a una nueva estructura ontológica más amplia que la que ofrecía la naturaleza.” (p. 69) De esta manera el implacable tiempo de la naturaleza no podrá arrastrar y llevarse consigo al tiempo de la cultura y, por así decirlo, ese tiempo cultural sobrevivirá.

Lledó pasa por diversas zonas de nuevos sentidos en buena parte filosóficos, es cierto, pero no todo el tiempo, y, sobre todo no pasa por ellas críticamente pues aunque su estilo puede ser abstracto a ratos, cuando el tema mismo es difícil de abordar él hace todo lo posible por darnos lo que quiere darnos, que es su profunda comprensión del problema que se ha planteado, en frenar un dragón de diez mil cabezas.

Lledó sigue profundizando, llevándonos a un todavía más allá de las repercusiones en nosotros de la escritura, es él, en el fondo un barroco contemporáneo por la cantidad de matices que introduce, hablando siempre aparentemente de lo mismo, toca muy diversas zonas de sentido, que es mucho de lo que le sucede al lector (y al texto) en esos encuentros fugaces, inesperados y, casi siempre, enriquecedores porque se trata del encuentro, íntimo, con lo otro, con otra manera de pensar, de ver el mundo y de hablar-escribir sobre él y todas sus “cosas”. ¿Podemos confiar en que la escritura constituye una forma de memoria? En parte nos dice Don Emilio, porque “...las palabras escritas no fomentan ni sostienen la verdadera memoria, sino su apariencia. Son por tanto un simple ‘recordatorio’ (*hypómnesis*).” (p. 71)

La memoria es siempre una forma de presencia y la letra cumple con ese requisito de presencialidad, parecería entonces que “El fluir del tiempo y de la experiencia en él, puede salvarse, en parte, si en la conciencia se construye un dique a ese fluir.” Y ese dique son las letras, la escritura y buena parte de lo mencionado arriba. Pero nuestro autor agrega que con las letras no se percibe lo real, “...sino sólo la engañosa apariencia de unos signos que son capaces de despertar a su arbitrio, en nuestra mente, una cierta representación de lo “real”. (p. 77 ambas citas) Lo cual se complementa con lo siguiente: “La supuesta objetividad de la escritura, no tiene nada que ver ‘ontológicamente’ con su posible significatividad. El universo ontológico de los significados es siempre, como tal universo, subjetivo (*éndothten*) y, en consecuencia, siempre está supeditado a los instantes ‘históricos’ que configuran el tiempo de cada existencia individual.” (pp. 78-79) Es decir, que las letras, sin el apoyo de su autor (porque no responden, porque no es diálogo) “...tienen, necesariamente que sustentarse ya en el dominio del lector”. (p. 79)

Memoria, intersubjetividad, interioridad o subjetividad, ámbito de uno que se vuelvedos (al menos mientras lees o escuchas... pero en la experiencia de la escritura la lectura lo que predomina es el elemento interior. “La ‘sensación’ de la escritura es, pues, un reflejo de otro mundo que ella misma no es y que, para dójicamente se objetiva en el cerrado espacio de la subjetividad.” (p. 80).

Pero Lledó sigue y sigue y nos introduce luego en los conceptos de verdad y aprendizaje, de opinión y de creencia, enmarcados por el mundo griego, enraizado todavía en las voces de las ciencias y de las pie dras, la voz del oráculo “...lengua je que no es objeto de diálogo, sino que se profiere para el acatamiento” (p. 99). Es decir,

otras profundidades del lenguaje, de la escritura: el para qué y para quién el lenguaje, y des de quién y cómo; además de los contenidos, las representaciones, la alteridad de la letra (posibilidad de oír otra voz que no sea la propia y que nos lleve a romper los límites de nuestro propio tiempo y la monotonía de nuestro propio lenguaje). Más que glossar, para terminar hago una serie de citas “libres” pertenecientes al último capítulo, porque no se ña lo las páginas y porque no son citas ajustadas a lo que dice estrictamente. Llédo: Las le tras, nos dice, esa dura semilla, de jan, sin embargo el resquicio para que penetre el soplo, el tiempo presente del interrogatorio y se establece una complicidad entre esas dos formas del tiempo. Hay que ir más allá del “ahora mismo”, pues la estructura misma del tiempo insinúa la posibilidad de una permanencia como duración donde cada ahora es un ‘todavía’. Sólo como semilla cabe in tui r la úni ca forma de ser inmortalidad. El lenguaje escrito no se comunica en el instante en el que surge, pervive, más bien, como semilla. Vivir es aceptar el presente en el que el tiempo se nos va formulando, en el que vemos la faz del tiempo, pero también descubrir otro rostro más rico y complejo que el que nos pres ta la vida in me dia ta. Construida sobre muchas memorias, la escritura hace presente todos los pasados perdidos, pero encontrados siempre de nuevo—inmor tales, pues—en el tiempo de cada lector, en el tiempo futuro. La reseña se alarga demasiado y me derrota, es imposible decir todo lo que quisiera y seguir tratando de comunicar algo de lo que reporta este importante texto, restan, pues, por re se ña r varios capítulos que sólo enuncio: Los jardines de Adonis (una crítica al sentido y al poder de la escritura); Los textos vivos (sobre el conocimiento de lo justo, de lo bello y de lo bueno; ideales del mundo griego); Los frutos inmor tales (sobre el plantar y sembrar pa la bras... para el futuro y en la que se basa la me tá fo ra principal y título de esta obra *El surco del Tiempo*: siembra para el futuro; y finalmente El futuro de la memoria (“La transmisión de esas semillas, llenas de posibilidad, garantizan, en el inacabable tiempo de su entrega, la superación del escueto tiempo individual”). (p 183)

Pero en esto ya no seguimos a nuestro autor por no cansar más al (posible) lector, ciertamente acometer la lectura de *El surco del tiempo* no es asunto fácil y quien tal cosa decida debe estar dispuesto a proseguir por sí mismo todavía mayores profundidades filosóficas y filológicas. Así, pues, se trata de una lectura más bien para los muy interesados en el tema, *El surco del Tiempo* es un libro bellissimo y lleno de sabiduría profunda que paga con creces a quien se atreve a transitar a través de él (y él de nosotros, lectores). Un conocimiento que se sedimenta un poco más, es que eso que sucede durante la lectura es mucho más que lo que habitualmente suponemos. El libro amerita también más de una lectura. Pido perdón al lector por lo extenso de la reseña y prometo no volver a hacerlo.